

CATALUÑO

Nació en San Miguel el 24 de Noviembre de 1935

Ha publicado, en poesía, **En el Costado de la Luz** (Editorial Universitaria, San Salvador, 1968) Tiene inédito: **El Animal entre las Patas** (poemas, 1969)

Autor de la novela **El Valle de las Hamacas**, con la cual obtuvo primer premio centroamericano en certamen convocado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) el año 1968. Los méritos de esta obra, que será publicada por Editorial Sudamericana, han sido ponderados por Angel Rama, Emmanuel Carballo, Guillermo Suec y otros

Los cuentos seleccionados pertenecen a libro en preparación



MANLIO
ARGUETA

ROSARIO A LAS SEIS

ERASE una vez Rosario

Erase una vez la madre de Rosario, señora de costumbres conservadoras

Erase una vez el hermano de Rosario, Alberto, que tenía una pistola marca Browning de acero azul

Erase una vez Mauricio, escuchando el caillón de la Iglesia de Fátima y mirando a las palomas que se echaban a volar desde las ventanas del templo

Erase una vez Rosario en un momento de desesperación, y su hermano Alberto y su madre

—Te digo que no sales

—Pero bien sabes, mamá, que me urge salir —dice Rosario en tono suplicante

La madre, elevando la voz:

—¡Es mi última palabra! (Baja las escaleras en forma intempestiva y da un triaspies) Ya viste, casi me mato (Se detiene y tómate del pasamanos) Dirige la mirada hacia la segunda planta de la casa, donde Rosario asoma suplicante) Eres una necia, no sé qué hacer contigo

—Yo iré aunque no quieras (Solloza)

Alguien grita desde uno de los cuartos

—¿Qué es ese ruido?

Pausa Rosario mira a su madre bajar las escaleras

—No te vi entrar Alberto (Va hacia la puerta donde sale la voz).

—Hace pocos minutos que llegué (Se quita los zapatos con los pies, empujándolos por el talón, y se tira sobre el respaldo del sofá)

—¿Qué te pasa?

Tediosa, desde la puerta

—Mamá siempre peleando

—En los últimos días te manejas un carácter insoportable, nunca te quedas callada

—Ya la conoces bien

—También te conozco a ti

Rosario entra al cuarto de su hermano. La muchacha viste un traje sencillo, para estar en casa. En su rostro se nota un aire distraído, como si hubiese estado enferma.

—Se enoja por cualquier cosa, claro que contigo no es así porque no te ves obligado a defenderte

—Yo no tengo por qué defenderte de mi madre

—Eres el preferido (Se sienta al lado de Alberto)

—Inventas algunas cosas (Pausa). Y ahora ¿qué es lo que te pasa? (Cariñoso, se acerca a la hermana) ¿Por qué lloras?

—No es nada. Quiero salir y mi mamá no me deja porque le he dicho que vendí tarde

—A ver a Mauricio —dice Alberto con malicia

—Estás igual que mamá, sabes que tengo más de tres meses de no verlo (Toma una actitud seria) Yo no iba nunca a buscarlo

—Es una broma

—No me gusta esa clase de bromas

—Nunca te habías comportado así, Rosario

—No sé lo que me pasa (Se levanta del sofá y se dirige a la puerta)

—Espera no te vayas!

Rosario con indiferencia

—Ya regreso

—Yo podría ayudarte, si en realidad deseas salir

—Por supuesto que desco salir —dice mientras se detiene en la puerta— pero no necesito ayuda (Luego, en tono sosegado): Gracias, Alberto, eres tan bueno!

INVIERNO Silba como lobo perdido el viento. El aire húmedo penetra a chorros por la ventana que da a la terraza del apartamento de Mauricio. Una mosca choca contra los cristales inclinados y se puede oír el aleteo persistente, el tin-tin-tin imperceptible. Lloverá este día. En las calles azotadas por la lluvia, los transeúntes corren amparados en los aleros de las casas. El arco iris en el oriente, poco a poco morirá según aumente la fuerza de la tormenta. Pronto llegará Rosario. El vestido mojado. La cabellera humedecida sobre su rostro. Le diré que se ponga la bata que está en el closet. Cerraremos la ventana para evitar un resfío y escucharemos el sonido metálico de la lluvia sobre el techo de zinc. Ella dirá “¡Dios mío!” ante la luz verde y el estruendo de la descarga eléctrica.

Mauricio se dirige al baño. Mira su rostro en el espejo. Tengo los ojos irritados. Abre con los dedos pulgar e índice los párpados para aliviar el ardor. “Anoche leí mucho”. A las seis llegará Rosario si es que la lluvia no la sorprende en su casa. Se dirige de nuevo al canapé, esta vez, con un libro que tomó de su pequeña librería. Mira el cielo lleno de nubarrones. Se levanta

otra vez y va hasta la mesa de trabajo donde descansa un tocadiscos portátil. La voz mística y dulce de Joan Baen entona *Manha do Brasil*. La verdad es que Rosario no llegará nunca a las seis de la tarde ni a ninguna hora.

No hay dolor más grande que el recordar tiempos felices en la desgracia. Dejó de hojear el libro sin quitar el dedo índice de la página. Su madre no la había dejado salir y prefirió irse a la cama. Encendió la lámpara. Lloverá este día. La besaba de la cabeza a los pies. De buena gana hablaría a esos dos que van volando y parecen tan ligeros al ímpetu del viento. Son bellas las ilustraciones de Doré. Sólo Dios nos ve porque está en todas partes. ¡Pero si no es pecado estar a solas con el ser querido! Tú puedes comprender el amor que por ti me inflama cuando olvido nuestra vanidad tratando a las sombras como un cuerpo sólido. Afuera el viento golpea las palmeras del jardín. Pudiste haber salido con tu hermano pero prefuiste quedarte a solas, torturándote el corazón. Y como corre el niño hacia su madre cuando tiene miedo o cuando está afligido. La soledad es el espejo de la conciencia. Aquí estás derrotada, con tus penas, como si cada día fuera el último de tu vida. ¡No; ésta no es una verdad absoluta! Vive hoy como si mañana tienes que vivir. No te aflijas; todo pasó ya. No hay en mi cuerpo una gota de sangre que no tiemble. Cerró el libro de golpe. Buen traductor Cayetano Rosell. ¡Pero no sabes toscano! Yo lo intuyo; como se intuye la música. La primera vez que escuché *Le Sacre du Printemps* fue sólo la reafirmación de una belleza inalcanzable que se vuelve realidad a nuestro décimo sentido: la intuición. Sintió un nudo en la garganta. Puedes llorar, las lágrimas te purificarán. ¡Pero si nadie que ama es sucio! Podría ser tu mujer y demostrarte! ¡Qué mujer, ni qué nada, me importas un comino, ¿oyes? ¡Me importas un comino! ¡Cobarde, eres un cobarde! Tus palabras no me hacen mella. Sabes muy bien que te adoro. Es mejor que terminemos, Rosario, es mejor para los dos. Apagó la lámpara. De repente, la tormenta había oscurecido la tarde.

ELLA dijo "Buenos días", él abrió los ojos "Buenos" y se dio vuelta dándole la espalda. Por la ventana se veía el cielo azul. "Serán las cinco de la tarde". El brazo izquierdo de Rosario descansó sobre los hombros de Mauricio. "Buenos días" repitió ella. El se desesperezó, "Buenos días". La atrajo hacia su cuerpo y ella se apretujó como una gata. "¿Has dormido bien?" "Hemos dormido más de una hora." "Roncaste como un tlen." Se besaron.

Habían llegado a los Planes de Rendeiros a las doce del día después de una ligera comida en el San Remo. "¿Quieres que vayamos a un lugar donde estaremos solos?" Ella le apretó la mano en señal de asentimiento. Tomaron un taxi.

Rosario le puso la mano sobre la cintura. "Tengo miedo." "No temas, estás conmigo." Sentía miedo precisamente por eso; porque estaba con Mauricio por primera vez, a solas. "Aquí vivo." Rosario vio por la ventana que daba a la terraza los árboles del patio. Alrededor de la torre principal del Santuario de Fátima volaban las palomas. Se sentía a punto de morir pero estaba feliz. Mauricio cerró la puerta.

En el patio algunos pájaros saltarían entre las ramas de los árboles y

cogerían las orugas que habitan entre la corteza verde-oscura de los aguacates. Las hormigas estarían anastando huevecillos en un éxodo interminable

Rosario echó una mirada por la sala tres sillas de madera y cuero, una mesa sobre la cual descansaba un radio de modelo antiguo, una librería de puertas corredizas, al fondo el retrato de un viejo de cabellera y barbas blancas, frente despejada, rostro de Dios. En otro lugar, una fotografía entrecuadrada en un marco rosa muestra a un grupo de muchachos entre los cuales estaba Mauricio mirando con ojos de eternidad la cámara fotográfica o el rostro severo del fotógrafo, en el costado oriente, una ventanilla, especie de tragaluz, con cristales de colores

“Ese señor que parece Dios, es Whitman” —respondió Mauricio a una pregunta de Rosario. Mauricio la había ceñido contra sí; y de pronto se sentía feliz y sola en el mundo

ALBERTO tenía una pistola Browning de acero azul, la guardaba en su cama debajo de la almohada. Cierta vez, Rosario le había hecho preguntas sobre el funcionamiento

—Primero tienes que darte cuenta si tiene puesto el seguro; luego tiras hacia atrás el caño y miras si está cargada, si no hay tiro en la recámara, tienes que hacer más fuerzas hacia atrás y luego, sueltas, la pistola está cargada

La madre asoma por la puerta de la sala. Sorprendida:

—Mucho cuidado, Alberto, te he dicho que no saques esa pistola dentro de la casa

—Pero madre

Rosario le quita la pistola Browning de acero azul a su hermano:

—Presta, la guardaré yo

La madre furiosa

—Deja, hija (Dirigiéndose a Alberto) Te he dicho que en mi casa no quiero esa pistola

Rosario lleva el arma hacia atrás, escondiéndola de un inminente ataque de su madre:

—No está cargada, mamá, no veo por qué tanto escándalo

La madre se retira. Hace gestos mientras baja la escalera

—Dámela, vamos a guardarla —dice Alberto; extiende la mano hacia Rosario

—Espera espera —y trata de manipular el arma. Tira del caño hacia atrás

—Hazle fuerte y luego suelta para que se vaya hacia adelante (Le quita la pistola Browning de acero azul) Así observa, hay que hacer cierta fuerza (El arma chasquea varias veces)

ROSARIO deja escapar un suspiro. Casi un sollozo. De repente, la lluvia ha dejado de caer y por las celosías entra la luz azul de la tarde. (Fue ayer. Pasa el tiempo. Rápido. La vida es vertiginosa porque nos movemos en un medio vertiginoso. Si no corres, te alcanzan y pasan sobre tu cuerpo. Así es. Vivimos en el siglo de la velocidad. Pero tú pensabas de otra manera. Todo lo ves desde adentro; pero de tan adentro que ya no te quedan fuerzas para los exteriores. Para mí, los ojos son la antesala del pensamiento. Tú, en cambio, miras con la razón, pues dicen que eres inteligente. La inteligencia es un defecto. Si, por lo menos en ti. Es un defecto. Ya sabes que no es una estupidez. Fue bueno hasta que la sinceridad lo avinconó contra su propio orgullo. Ahora todo es distinto. Una persona es lo que dice y no lo que silencia. Cuando dos personas llegan a amarse es la culminación de días y días de compenetración y entendimiento, es una labor de lo emocional hecha con las fuerzas del corazón y el cerebro. He ahí un quehacer cotidiano destinado a sublimar lo que según Hobbes tiene de lobo el hombre. Nadie puede hacer trizas la mutua comprensión así por que sí. No somos uno y uno sino dos. Eso es ya una gran diferencia. Sin embargo me ha querido; pero a través de la intimidad. Yo era capaz del mayor sacrificio si eso era suficiente para demostrarle mi amor. ¡Ocho años de conocernos! Sí, ocho años. Es lo mismo que si lo hubiera amado siempre. Después, el deseo. El deseo es como un animal encadenado y hay que ir más allá de la cadena.)

UNA vez que hubo cesado la tormenta, Mauricio apagó el toca-discos. Vio por la ventana el campanario de la Iglesia de Fátima. Las cinco y media. El carillón entonó el cántico de la Virgen María. Las palomas se asustaron y volaron en círculos sobre las casas vecinas. Por la ventana que da a la terraza, entra la luz azul de la tarde. (Ya te dije, Rosario, tú no me conoces. A veces pienso que podrías equivocarte conmigo. Pienso que soy un hombre libre. libre, sí, en el sentido vulgar de la palabra, ciego que me entiendes. Tú eres otra cosa. Rosario. No soy este que ves reír ni el que viste llorar en "El Puente", ¿recuerdas? No soy este que te esperaba en la tarde mientras me fumaba unos diez cigarrillos. El ambiente envuelto en humo y mal olor como si fuese bodega donde se guardasen cosas viejas. Tú hacías un gesto. Yo sentía pena pero dejábamos abierta la ventana que da a la terraza. Recuerdo la primera vez: Ese hombre que se parece a Dios es Whitman. Me veías directamente a los ojos pues —decías— en ellos se expresaba lo que silenciaba el pensamiento. Te tomé de los brazos, frente a frente. Cerramos la ventana y sólo entraba el sol por el tragaluz de cristales verdes y rojos. Te alzabas en la punta de los pies para que todas las partes de tu cuerpo coincidieran con las mías. Eras un racimo de sensibilidad, animalillo acorralado. Te dejé caer sobre el sofá. Mi mano alisaba tu piel. Modelaba en cerámica la estatuaría de la felicidad, y, como escultor hacía hasta el último detalle de las partes más delicadas, como si en ellas hubiese radicado la obra total. Yo no soy este que en aquella tarde estaba contigo, adorándote, como en un viejo templo o en una piedra ritual, donde tú eras una diosa iluminada por la luz verde y roja que se filtraba en la habitación y yo era un dios en la hora del reposo. La vida dejaba de transcurrir. Eras el holocausto en honor a la vida. Entonces te pedí con los ojos lo que tú en aquellos momentos no podías negarme. Aceptaste sin decir una palabra. Nos levantamos, la luz verde y roja te dio en el rostro y eras una figura aérea de Chagall. Te tomé de la mano y pasamos a la otra

habitación Todo sin diigirnos una palabra En un tiempo remoto había surgido el acuerdo Nos habíamos encontrado en un sueño y ahora realizábamos el sueño Al fin hablamos Se me ajará el vestido Te lo quitaré. No, gracias, yo puedo. Te arqueaste un poco y sacaste la falda gris por las piernas Ayudé a quitarte la blusa. Desnuda eras En tus ojos)

ROSARIO se dirige al dormitorio de Alberto y extrae la pistola marca Browning de acero azul Tira hacia atrás, suavemente; luego, con seguridad, la hace chasquear Mira por la ventana de su cuarto al cielo de las seis de la tarde Se lleva la pistola de acero azul hacia el corazón

(se reflejaba un mundo desconocido que a pausas ibas conociendo en el reflejo de mis ojos El fustán se había deslizado sobre tu pierna y, caído sobre tu abdomen, formaba un nido que ocultaba tu sexo como si un pájaro estuviese empollando la maternidad Seis años antes había tenido mi experiencia sexual primera Ella había cumplido los veintidós años, yo los dieciséis Me preguntó que si tenía novia, yo le dije que no Tienes acné Sí, mi madre dice que es la edad ¿Te pones algo? Sí, ungüento Nixodem Cuando tengas una esposa desaparecerán. Estoy muy joven para tener esposa, además, nunca tendré una esposa ¿Por qué? Porque no Yo fui una buena esposa Sí, eres linda No era sólo por eso; exageras No; en verdad, eres linda Nunca me habías hablado como ahora Eras muy seria Tú también y creces cada día ¿Qué tiene? Te haces hombre y varias veces nos hemos quedado solos Por mí no temas Temo por mi soledad Tu esposo No hablemos de él, ¿quieres? Muy bien. Hoy ya todo pasó ¿No le recuerdas? Claro que sí Yo te quiero Sí, me quieres De verdad, te quiero Yo también ¿Cómo a esposo? Es distinto Me gustaría quererte como tu esposo Eres muy joven, Tus ojos Es mejor que no hables A las doce llegaba mi madre Pero me sentía transformado Operaba la transición de adolescente en adulto Después, un sueño Con los ojos cerrados te adentras a otro mundo Miras con la sensibilidad Aún la veo llorando ¿Por qué lloras? No estoy llorando Sí; lloras Por nada, no sé No hay motivo Nunca volveré a llorar Su marido había muerto en un accidente automovilístico Cuando quedaste desnuda volví a recordarte a la muchacha que una vez me había hecho hombre Te hice mujer esa tarde ¿Lloras? No; por qué habría de llorar No sé, me pareció que llorabas No estoy llorando Perdona)

CUANDO el caillón del templo de Fátima entona el cántico de la Virgen María, las palomas salen por entre las ventanas Vuelan y hacen círculos en el cielo azul de las seis Mauricio aparta los ojos del libro Una de las palomas revolotea Es como si le faltara el aire; mueve las alas con desesperación Mauricio se levanta y sale En cosa de segundos la paloma cae sobre la terraza Corre a levantarla Sigue respirando pero con dificultad Es como si se ahogase Se la lleva al regazo y pasa sus manos sobre el cuerpo aún caliente del ave Mauricio quedará inmovilizado mientras el cielo azul comienza a mancharse de estrellas

La noche es eterna.

OPERACION GAVIOTA DE OJOS AZULES

El único recuerdo que tenía de ti, Eduardo, cuando quedaste con las manos en alto, para siempre, diciendo adiós. Luego desapareciste como una visión como un fantasma. Eso pasó cuando éramos niños. Hace unas horas he soñado contigo y de nuevo llegas a mi memoria. Y a la realidad.

Tu viejo automóvil se incendió en el camino a la playa. Vi entre el polvo tu alta y delgada figura. Ahí estabas, echado a un lado bajo la sombra de los almendros. Mi padre dijo que debíamos ayudarte. Yo te reconocí desde cuando me decías adiós y quedabas con la mano en alto, para siempre.

Yo soy Eduardo —dijiste

—Yo, Rosario —dije

Y seguimos juntos hacia el mar. Nos bañamos. Me tiré sobre la arena húmeda para ver la puesta de sol entre los peñascos de la playa. Me contaste de cuando pasabas la frontera Guatemala-Honduras, Honduras-Nicaragua.

—Pero no entiendo por qué te expones, Eduardo.

Hay cosas que no pueden entenderse —dices— Hablas mucho. Al fin como que te fastidias y pones paro a la conversación mientras el sol sobrenada en el mar bermejo.

—Así es la vida, Rosario; así es.

El fugaz encuentro terminó mal: te hice saber que partiría para México a estudiar Derecho Diplomático.

Si no te hubiera conocido, Eduardo, no estaría viviendo esta muerte desconocida, esta realidad que comenzó con un sueño hace unas horas. El ruido de motores es un ronroneo lejano. Ahora mi rostro es devorado por miles de insectos que se manifiestan en forma de dolor. Me golpearon, me dieron de puntapiés. Me vejaron. Y yo sin poder hacer nada. Mi rostro pega directamente con el piso del avión.

Sentí una gran tristeza cuando me escribiste sobre tu retorno a Celeste María. Luego, un terror inevitable. En clave significaba que volvías a Nicaragua. Sí; a Nicaragua, a enfrentarte con los tigres, con las culebras, con el hambre, pero lo terrible era tu enfrentamiento con los hombres. ¡Dios mío! ¡Te perseguirían, te echarían en las ensenadas, te barrerían con las ametralladoras como hicieron con Tomasito y sus compañeros mejicanos en el Doiado! En el primer combate, mientras llegaba la hora, permaneciste en vigilia, el combate no llegó nunca, quedaste en la retaguardia con dos compañeros más mientras el resto del grupo salió en busca de alimentos. Después oíste la fusilería lejana. Ellos no regresaron. Pasó igual que a Tomasito en el Dorado. No te quedó más alternativa que huir hacia Estelí con tus dos compañeros sobrevivientes.

Después me escribiste diciendo que regresabas a nuestro país, que Celeste María sólo era una ilusión; que continuarías tus estudios en la Universidad Intercambiamos muchas, muchas cartas De repente ya no recibí contestación. Inquirí por ti con unos amigos pero no pudieron darme ninguna referencia sobre tu paradero Tuve un presentimiento: habías regresado a Celeste María, como después lo confirmé: “Ya no lo volveré a ver” —me dije entre sollozos

En esos días conocí a Mauricio

—¡Dios mío! —musito mientras me revuelvo en la cama

Mauricio, que se pone el uniforme frente al espejo del tocador, grita:

—¿Quién es Eduardo?

Yo aún no despierto

—¿Quién es Eduardo? —repite.

—Nada —le digo— fue sólo una pesadilla, no le hagas caso

Ahora me habla con voz imperiosa

—¡Vas a explicarlo todo!

Miro el reloj sobre la mesa de noche Las cinco de la mañana Medio somnolienta, respondo:

—Eduardo fue un amigo de infancia no es nada importante, iba en un avión con el rostro son tonterías

Mauricio deja de peinarse Miro sus años en el espejo

—Tu guerrera está sobre el sillón —le digo

Pero no le cuento el sueño Eduardo y otros vamos tirados sobre el piso del avión En sus rostros les corre la sangre. El mío lo siento carcomido por miles de insectos o por el dolor, que es lo mismo De pronto escuchó una voz conocida que sale de la cabina ¡No, no es posible! ¡Esa voz! Da una orden y varios hombres nos arrastran a la portezuela del avión mientras dos más la abren Allá abajo se ve el mar Y la voz me penetra en los oídos como una herida más, como nuevo dolor.

Le pregunto si va a regresar a la hora de la cena y me dice que no. Tengo un trabajo especial —refunfuña No le hago caso ni aún cuando reitera:

—Hoy participaré en la Operación Gaviota de Ojos Azules, así es que voy a regresar hasta la medianoche

Mauricio sale del dormitorio y se despide. La puerta que da a la calle se cierra con violencia

De nuevo recuerdo el sueño con Eduardo y escucho la voz conocida por el altoparlante que dice debe ponerse fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules Y es como si alguien hubiese llegado a golpear mi corazón A lastimar mi rostro carcomido por el dolor, a ensañarse contra mis heridas Me visto

con rapidez y salgo a la calle. Tomo el primer taxi que encuentro en un intento de alcanzar a Mauricio. Cuando llego al lugar donde está destacado, pregunto por mi marido pero ellos no saben quién es mi marido. Los soldados me ven con ojos inexpresivos y dicen que no conocen a ningún oficial de nombre Mauricio. Les explico que hace pocos días llegamos de México, y que este día mi marido —oficial de aviación— tiene un trabajo especial. Ellos continúan imperturbables, mirando hacia ninguna parte.

Entonces pregunto por ti, Eduardo, quizás te conocían. No quería que Mauricio se manchara las manos de sangre. No recuerdo más. Cuando menciono tu nombre, los hombres de ojos inexpresivos se dejan ir contra mí. Me preguntan cómo hice para llegar a ese lugar cuya entrada está vedada a los particulares. No me lo preguntan sino que me lo gritan. Ellos no me conocen ni conocen a Mauricio pero te conocen a ti, Eduardo. Me insultan, me golpean y luego esa sensación de dolor en el rostro. Escucho el ruido de tu corazón y el de tus compañeros. El ruido de los motores del avión como un ronroneo lejano. Y por entre todos los sonidos, escucho la voz conocida, ¡esa voz! que por el altoparlante dice que se debe poner fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules.

LA EXCUSA

Algunas personas no se explican mi comportamiento con el señor Holgenbach, a quienes los vecinos llaman el Sr. Antipático.

Para el señor Holgenbach, el día cae sobre sus espaldas con toda una carga de contrariedades: pagar el agua y la luz; detener el embargo contra las propiedades de su tía Ludmilla, buscar dos testigos que comprueben la legítima defensa de su defendido, quien mató al esposo de su ex-esposa, asistir a un té flower en casa del matrimonio Samuelson-Loreni, donde se hablará sobre el divorcio de la pareja; etcétera, etcétera.

El señor Holgenbach es abogado y siempre se encuentra lleno de trabajo. Debido al prestigio adquirido desde sus tiempos de joven tiene una clientela numerosa que le permite vivir con ciertas comodidades. A cambio de éstas, el señor Holgenbach padece de un dolor de cabeza crónico. Tiene un rostro duro y severo. Es explicable, entonces, que los vecinos del Barrio Garten, entre los cuales me encuentro yo, le llamen el antipático.

El señor Holgenbach es un hombre entrado en años, de vida conservadora y hasta monástica. Si no fuera por su intenso trabajo la pasaría en su casa oyendo música de Weber, Wolf, Pfitzer y Bach. Para él no existe otra forma de distraer el espíritu. Le gustan los compositores alemanes, pero según me han dicho odia, a Wagner, a Beethoven y a Brahms. Es posible que su original gusto sea sólo para contradecir algo.

Yo no tengo muchas relaciones con el señor Holgenbach. Sé algunas cosas porque vivimos en la misma casa de apartamentos. A veces la relación no pasa del saludo y algunas atenciones para con él. Los vecinos del barrio no llegan ni al saludo. Yo creo que exageran. La antipatía predomina, claro, pero por otro lado, tenemos el respeto que debe inspirar la vejez. Los vecinos de Garten tomamos el tranvía para el centro de la ciudad en el puente sur del Grimm. A las ocho de la mañana esperamos ordenadamente. La niebla y el vapor tibio del Grimm nos envuelven.

El señor Holgenbach, pese a gozar de una estable posición económica, no tiene automóvil. En invierno tiene que sufrir: el aire que circula por el puente es más frío y abrasa los rostros. A veces se forman grandes colas para esperar el tranvía, pues tenemos un mal servicio. Pero el señor Holgenbach nunca forma en la cola. Siempre está fuera. Cuando aparece el vehículo por la esquina el señor Holgenbach da una carrerita característica y se coge de la portezuela. Nadie dice nada porque ya se acostumbraron a esa peripecia del abogado. Sin embargo, esa acción, se ha ido acumulando todos los días, hasta reafirmar el concepto que del señor Holgenbach se ha formado la gente. Una vez dentro del tranvía el único que le habla soy yo. Le digo cualquier cosa y él me contesta cualquier cosa. Yo me bajo en Karlplatz y el señor Holgenbach sigue su camino. Le hago un gesto con la mano y él me contesta con un movimiento de su cabeza, de arriba para abajo y viceversa. Muchas veces intenté averiguar por qué es antipático. Creo que su dolor de cabeza es el motivo principal.

Pero últimamente, el problema no es saber el motivo de la personalidad poco simpática de mi vecino. Ahora quisiera saber la razón por la cual soy yo el único a quien le importa poco la antipatía del señor Holgenbach. ¿Hay o no razón para repudiarlo?

Les relataré lo que ocurrió el domingo pasado y ustedes juzgarán. Iba de paseo a las montañas. Por coincidencia me encontré con el señor Holgenbach en el puente sur del Grimm. Digo por coincidencia, porque el abogado casi no sale en los días de descanso. Subimos al tranvía con los demás vecinos, que también iban de paseo. Enfrente de mi antipático compañero se encontraba un joven elegantemente vestido y a su lado una pareja de muchachos, los dos con trajes humildes. El muchacho llevaba suéter grueso y la muchacha abrigo un poco raído. El del suéter le habló al señor Holgenbach. No puse atención en lo que le dijo, pero supuse desde un principio que pedía un favor. Solo escuché la voz de mi antipático vecino: "Mire joven" —dijo sin abandonar su expresión ajada por el dolor de cabeza crónico— "hoy es domingo, mi único día de descanso; si alguna consulta necesita visite mi bufete". Y agregó "En lo que se refiere a que Ud. fue mi alumno en la Universidad, le aseguro que no recuerdo su cara". La joven pareja no merecía en ninguna forma tal vejamen público. Los usuarios del tranvía lanzaron una mirada fulminante contra el señor Holgenbach. En la parada del lago, el joven del suéter se levantó seguido de la muchacha. Afuera nevaba. Los dos salieron y el muchacho del suéter grueso se pegó al abrigo de su acompañante. Por el vidrio opaco pude ver cuando se alejaban hasta la caseta de espera de los yates del lago. El señor Holgenbach comentó con el joven elegante que estaba sentado a la par suya: "Dispense que haya sido malcriado con esos dos imberbes, pero no puedo

soportar que cualquier persona trate de sacarme una consulta profesional gratuita. Hoy los tiempos son difíciles y no podemos darnos el lujo de malgastar nuestra inteligencia así porque sí. El trabajo intelectual es tan trabajo como el físico. . . ¡Buena la haría yo si le pidiera a un albañil, aprovechando su visita a mi casa, que me hiciera gratuitamente una verja para que los niños no corten las flores de la zona verde! No pude escuchar lo que contestó el joven, ni las frases que siguieron. La actitud del señor Holgenbach me parecía demasiado pedante para seguirle la conversación. Pasados unos minutos me llamó la atención algunas palabras del joven elegante, quien se presentaba como médico residente del hospital Claridge, en viaje de descanso. En eso llegamos a la plaza del funicular y me alisté para abandonar el vehículo. Al salir, pude oír como el señor Holgenbach lo felicitaba, porque siendo tan joven ya tenía un puesto tan importante. Luego, le disparó una pregunta: "Doctor, ¿aprovechando la amistad no podría recomendarme algo para mi cefalalgia crónica?" Aún me quedó tiempo para ver como el rostro pétreo del señor Holgenbach se agrietaba con una sonrisa decididamente servil.

Ayer, cuando estábamos esperando el tranvía para ir al trabajo, el señor Holgenbach se deslizó en el hielo que se forma en la cuneta, cerca del trágico. Nadie se movió para ayudar al viejo abogado. Tuve una lucha interior grande. Me salí de la cola y corrí a auxiliarlo. Los vecinos del Barrio Garten desaprobaron mi actitud con un gesto unánime. Gracias a mi ayuda el señor Holgenbach pudo levantarse. Me dio las gracias y se dirigió hacia la cola. Como de costumbre, no siguió el orden. Cuando apareció el tranvía con su bulliciosa campana el señor Holgenbach dio su consabida cañerita, sólo que ésta vez cojeaba, y se prendió de la portezuela. Cinco grados bajo cero. El frío calaba hasta lo más hondo. No todos los que estábamos pudimos coger el vehículo. Dentro del tranvía mi vecino se sucudió la nieve del abrigo. Las personas que quedaron a mi lado me dirigieron una mirada de odio y de temor. Para ellos yo era un ser insensible (pues hasta para relacionarnos con una mala persona se necesita sensibilidad). ¡Yo era incapaz de repudiar al señor Holgenbach! Sin embargo, así era yo, un ser insensible, distinto a los demás. No sé. A veces creo que mi actitud nace del hecho de que el señor Holgenbach es mi padre.